

Margarita Rutan, Hija de la Caridad: una santa ordinaria

Misa de acción de gracias de la beatificación,
Lunes, 20 de Junio de 2011

Homilía pronunciada por

Patrick Griffin, C.M.

Director general

durante la misa de acción de gracias de la Beatificación
de Margarita Rutan

El mes pasado, casi todo el mundo – católico pero también otros muchos – tenían su atención centrada en Roma y en el acontecimiento que tenía lugar en la Plaza de San Pedro. Era la beatificación del Papa – en adelante, Beato – Juan Pablo II. Este hombre bueno se hizo dueño del sueño de muchas personas durante su pontificado y ese día, ofreció al mundo una nueva lección en relación con la práctica católica, que consiste en honrar a nuestros santos. Tal vez el Papa Benedicto XVI tenía esta beatificación en su mente cuando – casi al mismo tiempo – finalizó sus dos años de catequesis sobre los santos y mártires de la Iglesia. Su último discurso trataba de lo que es esencial para llegar a la santidad y subrayó tres elementos: la Eucaristía dominical, la oración diaria y el cumplimiento de los mandamientos. El Papa Benedicto ha insistido en varias ocasiones en el hecho de que la santidad debe ser ordinaria – es decir, que debe ser algo al alcance de todos. Al final de su intervención, nos dirigió unas palabras de aliento diciendo:

“Quisiera invitar a cada uno a abrirse a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida para, también nosotros, ser como piezas del gran mosaico de santidad que Dios crea en la historia”.

De nuevo, hoy, nuestra Iglesia nos llama a reunirnos en esta celebración por una de nuestras Hermanas que ha vivido su vida de sierva fiel y que, como el papa Benedicto lo describe, ha llegado a ser “una pieza del gran mosaico de santidad que Dios crea en la historia”.

Como bien sabemos, Sor Margarita Rutan, que fue Hija de la Caridad, fue martirizada durante la Revolución. Ayer, la declaramos “Beata”, es nuestra manera de reconocer lo que ha sido y lo que es para nosotros. Y, quisiera sugerir que su santidad era “ordinaria”. No en el sentido de que su vida fuera mediocre y sin brillo, sino ordinaria en el sentido de que aceptó el martirio por cumplir su tarea diaria de Hija de la Caridad hasta el fin de su vida. Es una santidad ordinaria en el sentido de que toda Hija de la Caridad podría esperar a actuar de la misma manera en nombre de su fidelidad al carisma y a sus pobres. Es una santidad ordinaria, en el sentido de que cada uno de nosotros puede aspirar a vivir su servicio particular y su vocación única en fidelidad y llegar a una santidad parecida. Margarita nos ofrece un modelo para nuestra propia vida.

Las lecturas bíblicas que la Iglesia ofrece hoy a nuestra reflexión, indican un camino de santidad ordinaria. Cada una de ellas presenta una perspectiva diferente, pero todas pretenden el mismo objetivo.

La primera lectura tomada del libro de la Sabiduría, del Antiguo Testamento. Nos presenta la enseñanza de un padre a su hijo, sobre cómo llevar una vida digna. En el centro de los textos de la Sabiduría bíblica, se encuentra la toma de conciencia que Dios dirige a este mundo con miras al bien y que el pueblo debe intentar vivir conforme a este orden del mundo. Cada uno debe hacer de su vida lo mejor. La instrucción es siempre concreta, realizable y siempre precisa. Fácilmente podríamos decir “ordinaria”. Se trata del modo en que una persona normal debe vivir su vida para agradar a Dios y guardar sus mandamientos.

Escuchemos de nuevo los consejos que se nos han propuesto:

No hagas sufrir a un hambriento...

No hagas esperar tu limosna a quien lo necesite.

No rechaces al que te suplica en la miseria.

No desvíes tu mirada del pobre.

Inclina tu oído hacia el pobre.

Y responde con amabilidad a su saludo de paz...

Cada uno puede oír en estas recomendaciones, el modo de vida de una Hija de la Caridad y los rasgos de la personalidad de Margarita Rutan cuando servía a los enfermos. Cada uno puede también oír el tipo de llamada al que está invitado a ser fiel: una llamada a la santidad dando prueba de sentido común.

La segunda lectura nos propone la maravillosa meditación de Pablo sobre el amor cristiano que figura en la primera carta a los Corintios, capítulo trece. Desvía nuestra atención de lo que hacemos para subrayar nuestra manera de hacerlo. Pablo nos recuerda que todo debe

hacerse con amor. Las acciones que parecen maravillosas, pero que no están motivadas por el amor son inútiles. Si empleamos tiempo en reflexionarlo, veremos que es una declaración extraordinaria. No es el fin, ni el objetivo lo más importante sino la manera como llegamos a ello. Todos nuestros esfuerzos deben estar motivados por el deseo de servir al otro con amor. El amor es paciente, es servicial y se alegra en la verdad. Incluso si uno da su vida – «si entregase mi cuerpo» como dice Pablo y que hace eco con el don de la vida de Margarita – esto no sirve de nada si no se hace por amor. La divisa de las Hijas de la Caridad insiste en el hecho de que no es el orgullo ni la obstinación lo que debe motivar sus acciones, sino “la caridad/el amor de Jesucristo crucificado que las apremia”. Esta fue la motivación de Margarita para mantenerse resueltamente en su decisión. El amor a las personas a las que servía en el hospital y en otros lugares, la mantuvo fiel a sus responsabilidades y su condena fue el resultado de esta fidelidad. Cada día se sentía impulsada por el amor ofreciéndonos un modelo a nosotros que proseguimos nuestro camino para responder a la llamada a la santidad que hemos recibido.

En el texto del Evangelio, Jesús enseña las bienaventuranzas en su sermón de la montaña. Por estos mandamientos de la nueva alianza, estamos de nuevo confrontados a los medios que empleamos para llevar una vida santa y “feliz”; esta llamada no está concebida para ser extraordinaria. Los mansos, los justos, los misericordiosos, son llamados «santos», este modo de vivir permanece en las posibilidades de cada uno de nosotros. En estas bienaventuranzas, podemos reconocer el modo particular por el que Margarita expresó su santidad; Jesús proclama:

“¡Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos!”.

Su celo para someterse, llegado el día de la persecución, por amor por su seguimiento a Cristo, es el cumplimiento manifiesto de esta recomendación del Evangelio. No es, pues, sorprendente que la llamemos «dichosa». Ella caminó por este camino antes que nosotros y nos lo muestra con claridad y valentía.

Esta celebración por Margarita nos ofrece una maravillosa ocasión para meditar sobre una vida bien vivida y sobre el camino hacia la santidad. La descripción que el Papa Benedicto hace de este camino de santidad que, por la Eucaristía y la oración conduce a vivir el Evangelio, le corresponde bien. Estas tres lecturas de la Sagrada Escritura pueden presentarse como una respuesta a la pregunta: “¿Cómo puedo llegar a ser Santo o Santa?”. Las tres pueden utilizarse para describir

la vida de Margarita Rutan. Ella da cuerpo y sangre a las imágenes bíblicas por su modo de vida sencilla y fiel de Hija de la Caridad. Demos gracias a Dios hoy, por su ejemplo y pidamos al Señor la gracia de responder a la llamada a la santidad que se nos ha hecho, para que también nosotros quitar, podamos ser contados entre los “bienaventurados”.

Nota del Redactor:

Esta traducción española fue hecha por el Eco, una publicación de las Hijas de Caridad. Esto es usado aquí con su permiso amable.